

había publicado en libro. Su inspiración se repartía entre un pulcro estilo tradicional y un original vanguardismo, entre surrealista y creacionista, del que es un buen ejemplo el homenaje a Debussy con que contribuyó a la primera salida de *Deucalión*. Recuerdo las tertulias de su rebotica de la calle de Gravina y las que, con menos frecuencia, celebrábamos con él unos cuantos poetas jóvenes en el piso de encima de la farmacia. Federico leía a veces sus poemas titulados arengas con voz campanuda y emocionada y hablaba con entusiasmo de una Cuenca alta que todavía no había sido descubierta por los escritores y los artistas. No era Muelas contertulio de café o de taberna, pues necesitaba estar rodeado de sus simples o de sus libros para que se desatase su verbo fluyente y apasionado. Cuando, años más tarde, empezó a publicar sus libros, se ganó una pronta notoriedad de la que pareció no hacer caso. En realidad, fue siempre un inadaptado que no había encontrado su sitio en los círculos oficialistas que le solicitaban ni, como muchos de sus amigos, en la oposición. Pienso ahora que era un ácrata católico con vocación frustrada de librepensador.

Luis Felipe Vivanco, que había estado hasta hacía poco a favor del régimen, se mostraba ya muy crítico frente a él, pues su catolicismo sincero le hacía escandalizarse de la marcha y gestión de los asuntos públicos. Tres años más tarde, en 1954, exhortaría a los asistentes a las Conversaciones Católicas de Gredos a actuar, incluso en la clandestinidad, por la libertad y contra la dictadura.

¿Qué voy a recordar ahora de Juan Alcaide? Fue el primer poeta que conocí y, aunque yo era entonces un muchacho con más imaginación que conocimientos, me trató siempre como a un igual y contribuyó así a encauzar a la una y a aumentar los otros. Calatayud y yo le pedíamos consejo desde los tiempos de "Pensando en joven", y yo se lo pedí durante los de *Deucalión*. No quiso darme muchas colaboraciones porque pensaba que la revista debía ser para los nuevos poetas y para los que, sin ser nuevos, eran poco conocidos en nuestro medio cultural, pero siempre me alentó, e incluso me criticó cuando lo creyó necesario. Fue él quien me hizo conocer a Chicharro y a Ory y quien rompió más de una lanza por la vanguardia postista, de la que, por formación y por convicción, no formaba él parte.

Los escritores de postguerra somos, por supuesto, los más ampliamente representados en el número inicial de *Deucalión*, y en toda la colección de la revista, Juan Eduardo Cirlot, que vivía en Barcelona y había empezado a escribir una obra poética más o menos inspirada por el surrealismo, me dio para este número un poema lleno de sugerencias esotéricas, y muy en especial alquímicas, que se encuentra entre los primeros de la espléndida madurez que hizo de él uno de los poetas españoles más importantes de nuestro siglo. El autor del *Diccionario de símbolos* no había empezado todavía su ciclo de Bronwyn, que es uno de los monumentos de nuestra lírica, pero su estilo empezaba a estar maduro para iniciarlo. Ahora, cuando su obra está siendo editada y estudiada como la de un clásico, recuerdo sus viajes, no sé por qué motivo apresurados, a Madrid —¿en busca de una espada con la que aumentar su famosa colección, de un raro ejemplar de Ireneo Filaleteo o de un tarot anterior a Court de Gebelin con anotaciones autógrafas del conde de Cagliostro en los arcanos mayores?— y sus no menos apresurados regresos a Barcelona, tras habernos dejado sobrecogidos, a Ory y a mí, con la lectura de sus últimos sueños o con una lección magistral de arte dada en cualquier café de la Gran Vía o de la Puerta del Sol.